

RENATO EN LA CAPITAL

ROSALIA ARTEAGA SERRANO

Bajarse de un avión es cosa seria, y más cuando se viaja con alguna carga, es decir tratar de llevar a Quito, desde Cuenca. Toda esa serie de golosinas que le han encargado: quesadillas chiquitas, dulces de las monjitas, en fin, todo lo que a sus primitos de la capital se les ha ocurrido.

Es la primera vez que decide hacer ese viaje, justo ahora por la Semana Santa, o la Semana Mayor, como suele llamarse, cuando las iglesias, tantas iglesias que hay en Quito!, tienen sus decoraciones tapadas con telas moradas y negras y hay un aroma de sahumero y palo santo regado por las calles del centro histórico.

No puede dejar de pensar que el Centro Histórico de Quito es el más grande de América Hispana, el más grande conservado, gracias a una serie de ordenanzas y de disposiciones municipales que lo han preservado y que ahora es el mayor atractivo de la ciudad.

Renato se ha desplazado desde el aeropuerto directamente al centro de la ciudad, en donde se ha quedado maravillado de los tallados en piedra de la iglesia de la Compañía de Jesús, tal vez el templo más representativo de esa época colonial en la que la mayor parte de edificaciones fueron construcciones religiosas, pero también se ha quedado extasiado ante la recuperación de viejas casonas que ahora se han transformado en restaurantes y hoteles preciosos, que llaman la atención de los extranjeros y nacionales.

Renato ha venido con la idea fija de participar en la procesión del Viernes Santo, y aquí está, mirando y caminando. Ahí viene la larga procesión serpenteando por las estrechas calles del centro de la ciudad, allí se ve a gente haciendo penitencia, unos imposibles de identificar, los cucuruchos, porque llevan hábitos morados y una especie de bonetes que les cubren toda la cara, generalmente de color lila, y van dándose de latigazos, como en expiación por los pecados cometidos a lo largo del año, o buscando alcanzar un "favor" de Dios por esa penitencia anticipada. Otros caminan descalzos, hay algunos que lo hacen de rodillas, unos más se desprenden en pedazos de ropas para continuar con la tarea autoimpuesta por la Fé.

La procesión transcurre por horas, se ven a hombres y a mujeres, a jóvenes y a viejos, hasta a niños que se suman a lo que consideran parte de su tradición familiar.

Renato, luego del entusiasmo inicial, con el que participó en la procesión, tuvo la buena fortuna de conseguir posada en un balcón que gentilmente le fue ofrecido por algunas damas generosas, y así pudo ver con más detalle la procesión de Viernes Santo, y llevarse una impresión imperecedera de lo que significa esta vieja tradición que no ha desaparecido a pesar de la evidente molestia que genera en ciertos sectores.

ACTIVIDAD SUGERIDA: Visitar las iglesias como la Compañía de Jesús, Santo Domingo, San Francisco, San Agustín. Pasear por la Plaza de San Francisco, entrar al café Tiangues, para comer unas empanadas de viento o de morocho.